



Michel Foucault, un ejemplo de Pensamiento Postmoderno

Juan Pastor Martín y Anastasio Ovejero Bernal ¹

Resumen

En este trabajo nos acercaremos a la “vida filosófica” de Michel Foucault, un psicólogo y filósofo interesado por la arqueología del saber, la microfísica del poder y la genealogía del sujeto moderno. Pero Michel Foucault es, ante todo y sobre todo, un pensador, pues todas y cada una de sus obras son ejercicios diversos de una misma forma de trabajar: la problematización. En definitiva, sostenemos que la “vida filosófica” de Michel Foucault supone un paradigmático ejemplo de pensamiento postmoderno, como trataremos de mostrar a continuación.

1. Introducción

Los autores creemos que es posible ver y analizar el siglo XX como la tensión entre el “miedo a la libertad” (Fromm, 1995) y el dogmatismo propio de la modernidad, y el pensamiento postmoderno, un pensamiento “en busca de la libertad”. Si bien la realidad es una infinita gama de grises, en ocasiones es necesario presentarla en términos de blanco y negro, presentando, de una forma nítida, los puntos de tensión en conflicto. Pues bien, creemos que el pasado siglo, con sus luces y sus sombras, es producto del enfrentamiento entre dos posiciones irreconciliables: el dogmatismo y fanatismo de la modernidad (que llevado al límite nos conduce al holocausto) y el pensamiento postmoderno (que llevado al límite nos conduce al relativismo).

En este artículo trataremos de caracterizar el pensamiento postmoderno a través de uno de los personajes más notables e influyentes del pasado siglo: Michel Foucault, filósofo, psicólogo, escritor, periodista y, ante todo y sobre todo, profesor universitario. Michel Foucault es un personaje ciertamente poliédrico: activista político, historiador (de la locura, de la clínica, de la prisión, de la sexualidad), arqueólogo (del saber), analista (del discurso y de las relaciones de poder), psicólogo (genealogía de la subjetividad) y filósofo: filósofo de la modernidad...y de la postmodernidad, filósofo estructuralista... y postestructuralista, filósofo del poder... y del sujeto. Estas páginas son un intento de arrojar algo de luz al “misterio Foucault”, presentándolo como un psicólogo, como un “pensador” (problematización como método foucaultiano), y como un filósofo postmoderno. Vayamos por partes.

¹ Juan Pastor Martín (Doctor en Psicología. Profesor asociado de Psicología en la Universidad de Oviedo). Anastasio Ovejero Bernal (Licenciado en Filosofía. Doctor en Psicología. Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valladolid)
Juan Pastor Martín. Facultad de Psicología. Universidad de Oviedo. Plaza Feijoo, s/n. 33003. Oviedo. jpastor@uniovi.es

2. Michel Foucault psicólogo

Foucault se licencia en Filosofía en 1948 y en Psicología en 1949 (teniendo como profesor a D. Lagache). En 1952 se convertirá en profesor adjunto en la Universidad de Lille, donde impartirá las asignaturas de Psicología e Historia de la Psicología. También impartirá Psicología en la Ecole Normale Supérieure (E.N.S.), a petición de su maestro y amigo L. Althusser, entre 1951 y 1955. En 1952 y 1953 obtiene sendos diplomas en el Instituto de Psicología de París: en Psicopatología (1952) y en Psicología experimental (1953). Pese a ser considerado por sus profesores como demasiado teórico, a Foucault le fascinan los experimentos y los test psicológicos, sobre todo el test de Roscharch. Entre 1950 y 1953, colaborará en el laboratorio neurofisiológico y en la consulta privada de una amiga de la familia, J. Verdaux, además de realizar distintas investigaciones, en calidad de interno no oficial, en el Hospital Psiquiátrico de Saint-Anne en París (es en este hospital donde Foucault asistirá a diversos seminarios impartidos por J. Lacan). Colaborará, asimismo, con el laboratorio del hospital de la prisión de Fresnes en la realización de exámenes psicológicos a los reclusos.

En 1954 Foucault va a publicar su primer libro *“Enfermedad mental y personalidad”* (Foucault, 1961). La intuición más brillante será su idea de “psicopatología como alienación”, esto es, psicopatología como alejamiento de uno mismo (como vivir separado de lo que uno es siendo otro distinto), es decir, psicopatología como huida, refugio y defensa ante diversos conflictos y contradicciones socioestructurales (nótese la clara influencia freudiana). Esta idea de “psicopatología como alienación” tiene un evidente aire de familia con ideas como “estilo de vida ficticio” o “arreglo neurótico” (Adler, 1993), “forma de vida inauténtica” (Binswanger, 1967), “ficción útil” o “autoengaño” (Sartre, 1984) o “falso yo” (Laing, 1983).

En 1961 Foucault publica su tesis doctoral *“Historia de la locura en la época clásica”* (Foucault, 1997a) donde Foucault, a través de una arqueología del tratamiento de la locura, nos está ofreciendo, también, una interesante arqueología de la psiquiatría. Pero Foucault no sólo plantea una arqueología de la psiquiatría, sino también de la psicología, al mostrarnos cómo la locura se va encerrando, paulatinamente, en nuestro interior, en nuestra conciencia, en nuestra interioridad psicológica (con lo que se acaba por construir esa interioridad psicológica). De tal manera que el control externo será sustituido por el más eficaz autocontrol interno, tesis que desarrollará ampliamente en su posterior obra *“Vigilar y castigar”*. Surge entonces la psicología como la “ciencia” del sujeto psicológico, como la disciplina de la “interioridad psicológica”, disciplina articulada en torno a diversas “tecnologías de yo” (Foucault, 1991) como los exámenes de conciencia, la culpabilización y el remordimiento, la confesión y el arrepentimiento...Este tema será retomado, desarrollado y ampliado por el pensador francés en sus últimas obras (su “nueva” Historia de la sexualidad).

En 1962 Foucault es nombrado, primero profesor titular del Departamento de Filosofía (como profesor de Psicopatología) y, más tarde, director del departamento. En 1961 Foucault publicará dos libros: *“El nacimiento de la clínica”* (Foucault, 1975), arqueología de la actual “mirada médica”(que ya no mira enfermedades sino, por el contrario, individuos enfermos) y *“Raymond Roussel”* (Foucault, 1973), ensayo en torno a un ejemplo evidente de locura dionisiaca que germina en la literatura.

En 1966 Foucault publicará su best seller *“Las palabras y las cosas”* (Foucault, 1997b), arqueología de nuestra forma “normal” de pensar/mirar, arqueología de nuestra episteme occidental, episteme que condiciona lo que puede pensarse, verse y mirarse en un espacio/tiempo determinado. Desde nuestro punto de vista, “Las

palabras y las cosas” es un libro fallido, dado que, más que arqueología, lo que Foucault hace es “geología” (Sartre, 1966), pues no explica el tránsito de una episteme a otra (en *“Historia de la locura en la época clásica”* y en *“El nacimiento de la clínica”* sí explicaba el tránsito entre etapas). El problema reside, sostenemos nosotros, en que Foucault hace arqueología de un saber (filología, biología y economía) como si éste fuese independiente de los sujetos que lo generan. Dicho de otra manera: la imprescindible cuestión del Poder está ausente. Foucault no volverá a cometer semejante error y sus dos próximas obras (*“La arqueología del saber”* y *“El orden del discurso”*) serán sendas rectificaciones donde la cuestión del Poder estará cada vez más presente (cada vez más el saber será conceptualizado por Foucault en términos de saber/poder). En 1969 Foucault publicará *“La arqueología del saber”* (Foucault, 1983). En esta obra Foucault define la arqueología como el rastreo/análisis de las condiciones de posibilidad de un discurso (análisis del terreno en el que acabará por germinar un discurso dado), es decir, análisis del contexto de producción de un discurso (un discurso que es actividad, esto es, “práctica discursiva”), análisis de las reglas que rigen el lugar desde el que se construye un enunciado. *“La arqueología del saber”* es, por tanto, una obra metodológica donde Foucault define, por primera vez, una arqueología que ya había ejercido, sin definir, en sus tres anteriores obras. Sin embargo, el Poder, aunque aparece (Foucault va a denunciar el silencio/exclusión de ciertos discursos, el discurso de la locura, por ejemplo), lo hace de forma tangencial. No será hasta su siguiente obra, *“El orden del discurso”*, cuando el Poder se instale, definitivamente, en la arqueología, una arqueología que, con la definitiva inclusión de la cuestión del Poder, será ya genealogía.

A finales de 1970, G. Deleuze sustituirá a Foucault como director del Departamento de Filosofía de Vincennes. A Foucault le está esperando el College de France. Efectivamente, el 2 de diciembre de 1970 Foucault sustituye a J. Hippolite como profesor del College de France. Su lección inaugural será publicada en 1971 como *“El orden del discurso”* (Foucault, 1987a). A partir de esta obra, el saber en Foucault será ya, definitivamente, saber/poder.

En 1975, el ya catedrático del College de France publica *“Vigilar y castigar”* (Foucault, 1998a), análisis arqueológico del encierro penitenciario, nueva forma de castigo más apropiada y adecuada para una nueva forma de organización social que apostará menos por el castigo y más por la vigilancia. Foucault analizará magistralmente el tránsito del castigo a la (auto)vigilancia a través del “panóptico” (Bentham, 1979), figura diseñada por el filósofo utilitarista J. Bentham, tecnología de control y vigilancia que “lo ve todo sin ser visto”, potentísima metáfora de nuestra actual sociedad vigilada y disciplinada. Y analizar la sujeción lleva a Foucault a analizar el sujeto (esto es, la persona que se encuentra sujeta), por lo que *“Vigilar y castigar”* es, también, una arqueología/genealogía del sujeto individual moderno propio del liberalismo económico. De tal manera que Foucault comienza el libro haciendo arqueología de la prisión para acabar haciendo una genealogía de la subjetividad moderna (lo que hace de *“Vigilar y castigar”* e *“Historia de la locura en la época clásica”* dos libros evidentemente paralelos).

En 1976 Foucault publica *“La voluntad de saber”* (Foucault, 1998b), un libro inesperado y sorprendente (nada que ver, por tanto, con *“Las palabras y las cosas”*) que tendrá una fría acogida. *“La voluntad de saber”* supone una crítica radical a posiciones izquierdistas postsesentayocho que criticaban una supuesta represión de la sexualidad, así como proponían la transgresión sexual como forma de transgresión política. Y es que, desde una perspectiva foucaultiana, el Poder no sólo castiga y reprime; para Foucault el poder es una tecnología sobre todo positiva, es decir, el poder no es solamente aquello que nos impide ser de una manera, sino que se trata de una tecnología fundamentalmente positiva que nos hace ser de una manera determinada y, lo que es aún más importante, desear ser de esa manera. Desde esta

perspectiva, entendemos que el Poder no sólo reprime formas de vida “inadecuadas”, sino que, ante todo y sobre todo, construye formas de vida “adecuadas”. El Poder, por tanto, tolera y favorece unas “transgresiones tolerables” (por ejemplo, la transgresión sexual) a la vez que impide otras transgresiones intolerables (políticamente). Dicho de otra manera, todo sistema propone “espacios de fuga”, esto es, espacios antisistema permitidos y favorecidos, es decir, que se encuentran al servicio del propio sistema. Como resulta evidente, la crítica que realiza Foucault a cierto freudomarxismo es radical y demoledora.

Foucault, decepcionado y cansado ya de una Francia que no le entiende, se refugia en los EE.UU., sobre todo en la libre y contracultural San Francisco. A medio camino entre ambos países, el pensador francés desarrollará los siguientes volúmenes de su “Historia de la sexualidad”. Foucault volverá, tras el paréntesis que supuso *“La voluntad de saber”*, al tema por él iniciado en *“Vigilar y castigar”*, la genealogía del sujeto moderno. Sin embargo, esta vez decide que debe empezar más atrás en el tiempo, que debe empezar por la Grecia clásica. Esta nueva “Historia de la sexualidad” se compone de tres volúmenes: *“El uso de los placeres”* (Foucault, 1998c), *“La inquietud del sí”* (Foucault, 1987b) y *“Las confesiones de la carne”* (éste último, aún inédito). En esta nueva “Historia de la sexualidad”, Foucault se va a centrar en los procesos de subjetivación, esto es, en los procesos a través de los cuales se construye la subjetividad, con lo que el énfasis pasa del poder a la “gubernabilidad” o “gubernamentalidad” (Foucault, 1999b), de la dominación al sometimiento. Ocho años pasarán desde la publicación del primer volumen de la “vieja” Historia de la sexualidad: *“La voluntad de saber”* (1976), hasta los dos siguientes volúmenes de una ya “nueva” Historia de la sexualidad (publicados ambos en 1984, año de su muerte). Muchos pensaron que Foucault estaba “acabado”, pero, una vez más, Foucault nos sorprende a todos decantándose por un análisis genealógico del sujeto, más bien un análisis de los procesos de subjetivación, esto es, de las “tecnologías del yo” (Foucault, 1991), entendidas éstas como “formas de relacionarse con uno mismo”. Foucault nunca deja de estudiar el presente, pues si estudia al sujeto griego es para comprender, de esta manera, el proceso de construcción del sujeto actual (tarea ya comenzada en *“Vigilar y castigar”*). Lo que, dicho sea de paso, nos arroja luz acerca de otras posibilidades alternativas; y es que sólo comprendiendo cómo hemos llegado a ser lo que somos podremos, no sólo comprender cómo somos, sino, además, llegar a ser otros distintos.

3. Michel Foucault pensador

En definitiva, los autores consideramos a Michel Foucault como un pensador que problematiza el presente a través de una problematización del pasado que lo sostiene. He aquí la más genuina metodología foucaultiana: la problematización. *“Es cierto que mi actitud no deriva de esta forma de crítica, que, so pretexto de un examen metódico, recusaría todas las soluciones posibles, salvo una, que sería la buena. Es mas bien del orden de la “problematización”, es decir, de la elaboración de un dominio de hechos, de prácticas y de pensamientos que me parece que plantean problemas”* (Foucault, 1999c, p. 356). Pero, ¿qué es problematizar? *“Problematizar es algo muy fácil de definir y extraordinariamente difícil de llevar a la práctica. Se trata simplemente, de conseguir que todo aquello que damos por evidente, todo aquello que damos por seguro, todo aquello que se presenta como incuestionable, que no suscita dudas, que, por lo tanto, se nos presenta como aproblemático, se torne precisamente problemático, y necesite ser cuestionado, repensado, interrogado, etc (...) Lo que nos dice Foucault es que, cuanto mayor sea la obviedad, mayores razones hay para*

problematizarla (...) Problematizar no es, solamente –sería demasiado fácil– conseguir que lo no problemático se torne problemático, es algo aún más importante que esto, porque problematizar es también, y sobre todo, lograr entender el cómo y el por qué algo ha adquirido su estatus de evidencia incuestionable, cómo es que algo ha conseguido instalarse, instaurarse, como aproblemático. Lo fundamental de la problematización consiste en desvelar el proceso a través del cual algo se ha constituido como obvio, evidente, seguro.” (Ibáñez, 1996, p. 54). Problematizar es, en definitiva, el modo de actuación del pensamiento: pensamos problematizando, esto es, tratando de pensar algo diferente a lo que pensábamos y pensamos. Problematizar es, por tanto, una actitud: la actitud de dudar de lo evidente e indudable, cuestionando lo incuestionable y haciendo, así, inseguro lo que damos por seguro. Pero problematizar también consiste en llegar a comprender cómo y por qué algo se convierte en indudable e incuestionable. Foucault nos enseña que la filosofía no consiste en descubrir lo que permanece oculto, en hacer visible lo invisible, sino, por el contrario, en hacer visible lo que, precisamente por estar visible, por estar tan próximo a nosotros, ni llegamos a percibirlo. La filosofía, entonces, no es otra cosa que la tarea de cuestionarnos críticamente lo que somos y hacemos. La filosofía, por tanto, se asienta en la duda y en la sospecha. No hay que dar nada por supuesto, al contrario, siempre hay que plantearse si es posible ser y pensar de forma distinta. Porque es precisamente cuando llegamos a creer que algo resulta indudable e incuestionable cuando más necesitamos dudar y cuestionarnos eso que creemos. Pensar no consiste en legitimar lo que ya pensamos, sino, por el contrario, en cuestionarnos si es posible pensar de otra manera distinta. En definitiva, las obras de Foucault suponen distintos y diversos ejercicios de una misma forma de trabajar: la problematización.

Así, y de acuerdo con Ibáñez, Foucault nos enseña, a través de su estrategia de la problematización, en qué consiste la tarea de pensar: *“pensar es cambiar de pensamiento”* (Ibáñez, 1996, p. 55). Es por eso que concluimos que Michel Foucault, psicólogo y filósofo de formación, es, ante todo y sobre todo, un pensador. Concretando un poco más, sostenemos que Foucault es uno de los más evidentes ejemplos (junto a F. Nietzsche y L. Wittgenstein) de “pensador de la postmodernidad” (Ovejero, 1999).

“Hay que arriegarse a cometer errores; hay que exponerse a decir cosas que, probablemente, son difíciles de expresar y en relación a las cuales, evidentemente, farfullamos aquí y allá.” (Foucault, 1999a, p. 147). Foucault es un hombre valiente que se atreve a dudar de todo, incluso, cómo no, de aquello que se nos presenta como indudable y evidente. Y si algo hemos aprendido del pensador francés es que nunca hay que dar nada “por supuesto”. Quizás por eso algunos le consideran peligroso. Nosotros, por el contrario, creemos que las personas más peligrosas son... precisamente las que *no* dudan, las que se creen en posesión de la verdad absoluta, esto es, los fanáticos. Y Foucault fue muchas cosas en su vida filosófica, pero jamás un fanático. Sostenemos que lo peor del pasado siglo ha venido de personas que no pensaron, que no dudaron. Y no dudaron pues se creían en posesión de la verdad absoluta. Y nada hay más peligroso que creerse en posesión de la verdad absoluta, esto es, ser un fanático. Fanático procede de *fanum*, que significa “templo o lugar sagrado”. *Fanaticus* significa, literalmente, “el que pertenece a la divinidad”. Fanático es, por tanto, todo aquél que se cree en posesión de la verdad absoluta, todo aquél que, precisamente por creer que ha alcanzado la verdad absoluta, no piensa, es decir, no duda de sus pensamientos y sus verdades. Ciento ochenta y siete millones de personas han muerto violentamente el pasado siglo. Pues bien, la gran mayoría han muerto a manos de personas que no eran ni violentas ni crueles, sino, sencillamente, fanáticas. Auschwitz y Guantánamo son dos caras de la misma moneda: la terrible moneda del fanatismo. O lo que es lo mismo, el integrista (sea éste islámico, judío, católico o etarra). Y la única vacuna que conocemos contra el fanatismo es el

pensamiento crítico, un pensamiento vivo que constantemente nos obliga a pensar, esto es, a cambiar y matizar nuestro pensamiento, huyendo así de verdades absolutas, pues cuando crees que estás en posesión de la verdad absoluta es sólo cuestión de tiempo que trates de imponerla a los demás. Y es que, de la misma forma que el miedo nos conduce al fanatismo, el pensamiento crítico nos aleja de éste (Ovejero, 1997).

4. A modo de conclusión: Michel Foucault filósofo postmoderno

Foucault recorre, en su obra filosófica, el camino que va de la arqueología del saber (condiciones de posibilidad de una episteme y sus discursos derivados) a la genealogía del sujeto moderno (construcción del sujeto a través de diversas prácticas de control y vigilancia), del análisis arqueológico de la modernidad (ideología legitimadora del capitalismo industrial) al análisis genealógico de la subjetividad moderna, esto es, el análisis histórico de las condiciones de producción del hombre moderno. Y Foucault se va detener, especialmente, en la contribución de la psicología como un saber-poder disciplinario que construye individuos y subjetividades modernas (sujetos que han interiorizado, incluso psicologizado, los valores y las normas sociales propias del capitalismo). Y es que, de acuerdo con Ibáñez (2001), *“El poder es algo que produce cosas, es productivo y esta productividad del poder es lo que nos permite entender la indisociable relación que establece Foucault entre poder y saber, saber y poder. Nosotros mismos estamos entre las muchas cosas que produce el poder: nos produce a nosotros mismos (p. 135).*

Michel Foucault, al final de su “vida filosófica” (en su definitiva Historia de la sexualidad), abandona el “tramposo” juego de la verdad por el juego de la felicidad ética, es decir, por el juego de la construcción de formas de vida “éticas y bellas”, esto es, formas de vida de las que sentirse orgulloso (ética como “estética de la existencia”). Foucault, por tanto, va a dejar de plantearse qué puedo conocer para plantearse, por el contrario, cómo puedo llegar a ser lo que quiero ser y cómo he llegado a querer ser eso que quiero ser. Lo que exige, obviamente, plantearse la ineludible cuestión de la libertad, bandera postmoderna que viene a sustituir a la moderna bandera de la verdad. Michel Foucault nos muestra, con su itinerario personal e intelectual, es decir, con su “vida filosófica”, el itinerario de la postmodernidad, una postmodernidad que deja atrás la ansiedad cartesiana por la certeza y la verdad para adentrarse en la seducción postmoderna por uno mismo (ética como relación con uno mismo). Así, Foucault comienza hablándonos de un Poder que construye saberes (saber/poder) para pasar a hablarnos, a continuación, de un poder que construye sujetos y formas de vida, pasando así del moderno juego del saber al postmoderno juego de la felicidad ética. Juego que exige una lucha política previa para garantizar unos mínimos grados de libertad, pues para que la ética (la actividad de “elegir”) seas posible, la libertad (la “posibilidad” de elegir) resulta imprescindible. Y es que quizás haya llegado el momento de abandonar el agradable terreno de la verdad para instalarnos, definitivamente, en el incómodo territorio de la ética y la política. Mucho nos tememos que mientras sigamos sin dar ese paso seguiremos prisioneros de la trampa de la modernidad. Foucault no maneja una idea moderna de verdad, ni siquiera cae en la trampa de descubrir la verdad oculta bajo los mentirosos discursos legitimadores de la modernidad, verdad oculta que, precisamente por estar oculta y por ser verdadera, es necesario sacar a la luz. Por el contrario, a Foucault le van a interesar los “juegos de la verdad”, esos juegos por los que algo adquiere el estatus de verdad, convirtiéndose por ello en verdadero, así como los “efectos de verdad y poder” derivados de dicho juego. Foucault entiende la verdad

como una verdad “dependiente” tanto de la gramática desde la que se enuncia, como de las “formas de vida” de las personas que la alumbran, esto es, una verdad dependiente, tanto de las “condiciones de posibilidad” de esa verdad, como de las prácticas humanas que la instituyen como tal. No obstante, Foucault no cuestiona la verdad, sino los regímenes de esta verdad, es decir, la legitimidad de los discursos y “procesos de veridicción”.

Vivimos en un mundo caótico marcado por la incertidumbre. Y no nos parece que esto sea tan terrible. Nuestra vida es una vida incierta e insegura, impredecible e incontrolable. Pero mejor que sea así, pues lo contrario nos resultaría psicológicamente insoportable. Y la certeza moderna es infinitamente más opresiva que el caos postmoderno, porque sólo en el caos postmoderno tienen cabida posiciones antidogmáticas y antiautoritarias (la modernidad es intrínsecamente dogmática pues dogmático es todo aquél que se cree en posesión de la verdad absoluta, genuina bandera de la modernidad). Sólo en el caos postmoderno puede sobrevivir la diferencia, esa diferencia perseguida por el orden modernista de las cosas, un orden de las cosas que, como muy claramente veía Foucault, es un orden que ordena, clasifica, unifica, universaliza y, por ello mismo, también excluye (Foucault, 1987a). El caos postmoderno nos permite mayores grados de libertad que la religión secular que fue, ha sido, y aún sigue siendo, la modernidad. Con la postmodernidad hemos dejado atrás la metáfora del camino (la razón instrumental nos conduce por el camino del progreso científico, camino que nos llevará hasta una sospechosa emancipación humana) para adentrarnos en una nueva metáfora: la metáfora del mar (navegamos, sin un rumbo prefijado de antemano, por un mar caótico e incierto, un mar salvaje y bravo que es preciso gobernar... pues no se pliega de antemano ante autoridad alguna).

Foucault nos ofrece una actitud crítica y problematizadora que duda de lo indudable y cuestiona lo incuestionable, permitiéndonos así romper lo establecido como evidente y descubrir los puntos débiles de nuestro presente, lo que es un primer e imprescindible paso para poder deslegitimarlo, abriendo, de esa forma, líneas de transformación de la realidad social y, obviamente, también de nosotros mismos (pues la realidad es como es... porque nosotros somos como somos). Y si resulta que lo que hoy es no es así “porque tiene que ser así”, sino porque así se ha construido socialmente a través de diversas prácticas humanas... entonces lo que hoy es no tiene por qué seguir siendo mañana. Y es que, como le gustaba decir a Foucault, *“lo que se ha construido históricamente... puede destruirse políticamente”*. Porque, como muy acertadamente sostiene nuestro Ángel González, *“mañana ya no será lo que Dios quiera”*. Ni lo que Dios quiera, ni lo que la modernidad y su inapelable “tribunal de los hechos” sentencie. No es posible saber qué ocurrirá mañana, pero al menos ya estamos en condiciones de colocar nuestros sueños y esperanzas en ese mañana. La cuestión de la verdad ya nos ha arrebatado suficiente tiempo y esfuerzo. No temamos dejarla atrás. Ya sabemos que la realidad es construida, que se trata de una realidad “dependiente” de las relaciones de esa realidad con el resto de realidades, pero... ¿sabemos realmente qué realidad “podemos” y “debemos” construir? Nos espera una fascinante aventura ética repleta de ineludibles batallas políticas por la libertad. Este viaje de la verdad a la política, la libertad y la ética (viaje, por tanto, de la modernidad a la postmodernidad) es un viaje que nosotros hemos realizado a través de la “vida filosófica” de Michel Foucault, psicólogo, pensador y filósofo postmoderno.

Referencias bibliográficas

- Adler, A. (1993). *El carácter neurótico*. Barcelona. Paidós.
- Bentham, J. (1979). *El panóptico*. Madrid. La Piqueta.
- Binswanger, L. (1967). "El caso de Ellen West: estudio antropológico clínico". En May, R., Angel, E. y Ellenberger, H. F. (Eds.), *Existencia. Nuevas Dimensiones en psiquiatría y psicología*. Madrid. Gredos. 288-434
- Foucault, M. (1961). *Enfermedad mental y personalidad*. Buenos Aires. Paidós.
- Foucault, M. (1973). *Raymond Rousset*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1975). *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1983). *La arqueología del saber*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1987a). *El orden del discurso*. Barcelona. Tusquets.
- Foucault, M. (1987b). *La inquietud del sí*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1991). *Tecnologías del yo*. Barcelona. Paidós.
- Foucault, M. (1997a). *Historia de la locura en la época clásica*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1997b). *Las palabras y las cosas*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998a). *Vigilar y castigar*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998b). *La voluntad de saber*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998c). *El uso de los placeres*. Madrid. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999a). "Sexualidad y poder", en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*. Barcelona. Paidós. 129-148.
- Foucault, M. (1999b). "La gubernamentalidad", en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*. Barcelona. Paidós. 175-198.
- Foucault, M. (1999c). "Polémica, política y problematizaciones", en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*. Barcelona. Paidós. 353-362.
- Fromm, E. (1995). *El miedo a la libertad*. Barcelona. Paidós.
- Ibáñez, T. (1996). "Algunos comentarios en torno a Foucault", en *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad y la psicología*. México. Universidad Nacional Autónoma de México. 43-60.
- Ibáñez, T. (2001). *Munición para disidentes*. Barcelona. Gedisa.
- Laing, R. D. (1983). *El yo dividido: un estudio sobre la salud y la enfermedad*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Ovejero, A. (1997). *El individuo en la masa*. Oviedo. Nobel.
- Ovejero, A. (1999). *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*. Oviedo. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Sartre, J. P. (1966). Jean-Paul Sartre répond. En *L'Arc*, 30.
- Sartre, J. P. (1984). *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*. Madrid. Alianza.